



Los blancos fueron empujando a los inmigrantes negros hacia los barrios donde nadie quería vivir: Brixton, Hackney... En la foto, mercado en Brixton (Londres).

GRAN BRETAÑA

INMIGRANTES: DE LA COLONIA AL GHETTO

«W HITE shit!» (¡mierda blanca!). Dos chiquillas negras de catorce a quince años, vestidas a la última moda, me recuerdan en una calle de Brixton que soy blanco. No las he mirado ni las he hablado. Ibamos simplemente por la misma acera, andando en dirección contraria.

Brixton, en la ribera Sur del Támesis, a cinco minutos en «metro» del Parlamento y de la residencia del primer ministro en Downing Street, anda también en dirección contraria al resto del país. Hace veinte o veinticinco años, su única marca distintiva era la cárcel, una de las cuatro más importantes de la capital. Hoy es el «ghetto» negro más notorio del Reino. Quedan blancos en él, pobres, por lo general jubilados, y algunos hippies. No es Harlem todavía, ni Watts. Pero, según un informe publicado por Stotland Yard a principios de año, el distrito de Lambeth, del que forma parte Brixton, tiene el más alto índice de criminalidad callejera de Londres, seguido muy de cerca por los distritos vecinos de Wandsworth y Lewisham. En menor escala, la historia se repite en otros barrios de la capital: Hackney, Shepherd's Bush, Notting Hill. ¿Qué tienen estos barrios en común? Negros, negros antillanos, viviendas insalubres, escuelas dejadas de la mano

de Dios. En el informe de Stotland Yard se añade: «El 80 por 100 de los atracadores en Lambeth (el crimen callejero por excelencia es el "mugging", robo con violencia) son negros; el 85 por 100 de las víctimas, blancos». La edad de los atracadores oscila entre los quince y los veinticinco años, y en Brixton, un 60 por 100 de la juventud negra comprendida en ese grupo de edad está permanente-

mente desempleada. ¿Quién es responsable de esta situación?

mente desempleada. ¿Quién es responsable de esta situación?

Eduardo de Benito

mente desempleada. ¿Quién es responsable de esta situación?

El «enclave colonial»

John La Rose, nacido en Trinidad, luchador político en su isla natal desde su más tierna adolescencia, hoy marxista con reservas, escritor, editor, dueño de una librería en un barrio obrero del Norte de Londres y activista negro a nivel intelectual, esboza una sonrisa, se niega amablemente a posar para la fotografía que me acompaña y comenta: «En los años 40, el poeta martiniqueño Aimé Césaire describió a la comunidad negra de los EE. UU. como "un enclave colonial en la sociedad". La

burguesía negra norteamericana protestó violentamente ante esa acusación. Pero cuando Stokely Carmichael dijo lo mismo veinte años más tarde, todos los negros, aun los burgueses, estaban de acuerdo.

«La concentración de capital necesita brazos; de ser posible, brazos baratos. Primero, Inglaterra necesitó esos brazos en las colonias, para servir al capital invertido en

las plantaciones. La solución fue importar esclavos de África. Luego, el capital requirió el mismo tipo de mano de obra en la metrópoli. La solución fue importar a los descendientes de esos esclavos, los inmigrantes de hoy. Pero la juventud negra, los hijos de esos inmigrantes, se niega a formar parte del enclave colonial dentro de la sociedad blanca, pese a que ésta ha hecho todo lo posible por lavarle el cerebro en ese sentido. Rechaza sistemáticamente el tipo de trabajo que se le ofrece. Es su única posibilidad de rebelarse contra el capitalismo, y, como consecuencia de ello, sus relaciones con la policía van de mal en peor.

A la misma pregunta (¿quién es responsable de esta situación?), el Inglés, resuelto a no considerar

los problemas de la inmigración negra en su contexto histórico-político, contesta: «Los responsables son los negros. Ellos forman sus propios "ghettos", viven hacinados, no se preocupan de mantener sus viviendas en buen estado. La concentración de negros, con un nivel de inteligencia inferior al blanco y costumbres distintas, destruye los "standards" de educación y allenta la criminalidad». La historia de los últimos veinte años, sin embargo, revela una realidad muy distinta.

Las oleadas de inmigración

Inglaterra, a mediados de la década de los 50, acababa de salir del racionamiento y las estrecheces de la posguerra. El país empezaba a prosperar. La economía iba viento en popa, con buenos salarios industriales y pleno empleo. Se necesitaba con urgencia, como apuntaba La Rose, mano de obra en el sector de servicios, tradicionalmente el peor remunerado y psicológicamente el menos aceptable para el trabajador de un país altamente industrializado. El británico no quería ser cobrador de autobús ni pasarse la vida bajo tierra respirando el aire viciado del «metro» de Londres; no quería barrer calles ni limpiar hospitales; se negaba a hacer camas en los ho-

INMIGRANTES

teles o a servir en restaurantes, y no estaba dispuesto tampoco a trabajar en industrias, como la textil, anticuadas, insalubres, en plena decadencia debido a la competencia extranjera y, por lo tanto, mal pagadas.

El sector hotelero llenó las vacantes sin mayor dificultad, echando mano de la fuerza laboral sobrante en la Europa subdesarrollada (Italia del Sur, España, Portugal y Grecia). Esta categoría de inmigrantes nunca planteó serios problemas: era blanca y en su gran mayoría no tenía intención de establecerse en el país. No sucedió así con los hindúes y paquistaníes, que vinieron a trabajar en los telares y otras industrias decadentes de las Midlands, ni, desde luego, tampoco con los antillanos, que en un principio cambiaron gustosos su existencia precaria en los tugurios de Kingston (Jamaica) o en las chozas de la superpoblada Barbados, por la seguridad que ofrecía la compañía londinense de transportes, el Servicio Nacional de Salud, aun a nivel de mozo de hospital, o los Ayuntamientos ingleses, en el servicio de recogida de basuras y limpieza de calles.

A grandes rasgos (y tienen que ser muy grandes, porque el problema es infinitamente complejo), este es el origen de las oleadas de inmigración de color que hoy tienen asustada a la isla blanca del mar del Norte. A grandes rasgos también, esta inmigración de color está dividida en Gran Bretaña en dos grupos principales: 1.º *Asians* (asiáticos), término por el que se designa a todos los inmigrantes originarios del subcontinente indio, tanto a los que han venido directamente de la India o el Paquistán, como a los que decidieron abandonar el África oriental ante la política de progresiva «africanización» de Kenya, Tanzania y, más recientemente, Uganda; y 2.º *West Indians* (antillanos). Desde un punto de vista racial, la presencia de ambos grupos ha despertado hostilidad en la sociedad inglesa.

Liberalismo y frente (?) negro

El *establishment* liberal, que aboga por la armonía racial desde sus barrios residenciales inmaculadamente blancos, se niega a abordar la cuestión desde un punto de vista político. Actúa en defensa del inmigrante de color (con leyes que prohíben la discriminación racial, etcétera), movido por un sentimiento de culpabilidad ante la patente injusticia social de que éste ha venido siendo objeto. Prefiere reducir el problema al estricto ámbito de la intolerancia racial, ya que llevarlo al terreno de lo poli-

tico significaría irremediablemente al tener que enfrentarse con los principales responsables del actual estado de cosas; en otras palabras, con el colonialismo, el capitalismo, el imperialismo y los demás «ismos», gracias a los cuales él —el *establishment* liberal— disfruta hoy de un nivel de vida infinitamente superior al de sus «hermanos» de color.

Los elementos más militantes de la comunidad antillana proclaman la existencia de un frente negro común, que agrupa a asiáticos y antillanos en su lucha contra el imperialismo racista blanco, dándole al término «negro» (black) la acepción que tiene en el contexto del *Black Power*, es decir, todo aquel que no es blanco y es víctima de la explotación imperialista. Pero la realidad es muy distinta. El inmigrante asiático, con un bagaje cultural y religioso perfectamente definido y una organización política, a nivel sindical, de

lo más eficaz, no quiere saber nada de momento, aunque en público diga lo contrario, del negro antillano, individualista y, hasta ahora, incapaz de organizarse en una fuerza política coherente. No siente, por otra parte, el asiático la necesidad de considerarse «negro» para luchar contra la explotación blanca.

«Negro», pues, para los fines de este reportaje, significa antillano; más aún, antillano de clase trabajadora. El antillano de clase media (una pequeña minoría) no causa mayor preocupación, como tampoco la causa el africano, que, por lo general, sólo viene a Inglaterra cuando dispone de suficientes medios económicos para costearse un curso universitario o una especialización, con la idea siempre de regresar a su patria al cabo de unos años. Existe, por lo tanto, un doble problema: 1.º Entre negros y blancos (racial), y 2.º, entre clases sociales (político). La difícil-

tad estriba en que los límites entre los dos aspectos de este problema son extremadamente borrosos.

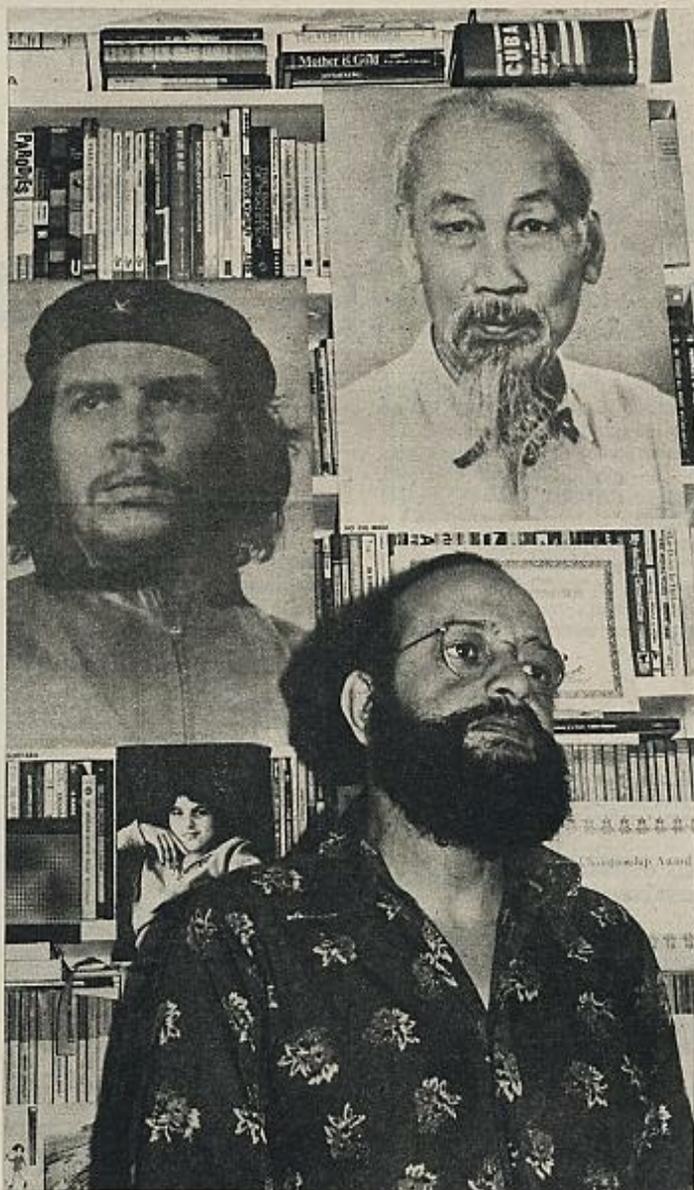
Soluciones oficiales

Sociólogos, psiquiatras, psicólogos, educadores, policías y políticos han aunado sus esfuerzos en la creación de un sinfín de organizaciones, comisiones, centros de estudios y proyectos, agrupados todos bajo el denominador común de «relaciones raciales», o «industria» de las relaciones raciales, para usar el término adoptado por las comunidades de color para describir este fenómeno de la sociedad británica de posguerra. El presupuesto oficial destinado a esta «industria» ha ido aumentando año tras año en proporción directa al empeoramiento de la situación que trataba de remediar. Hace unos meses, por ejemplo, seis millones de libras esterlinas, destinados originalmente a Uganda en concepto de ayuda exterior, fueron redirigidos, en vista de la política seguida por el general Amin, a las comunidades de color residentes en Gran Bretaña. Pero todos estos esfuerzos han fracasado.

La política de integración de los sucesivos Gobiernos británicos que han tenido que enfrentarse con el problema de la inmigración de color nunca tuvo verdaderas posibilidades de prosperar, por partir de la falsa premisa de que el inglés estaba dispuesto a integrarse con el negro, o con el asiático, o, para ser más explícitos, por no reconocer que el inglés, burgués o proletario, es racista por naturaleza, tan racista como cualquier blanco europeo (aunque nos pese reconocerlo) que de repente se viera confrontado por una oleada de inmigrantes de piel, costumbres y acentos distintos. Estos sentimientos se endurecieron a medida que aumentaba el número de negros y asiáticos en Inglaterra.

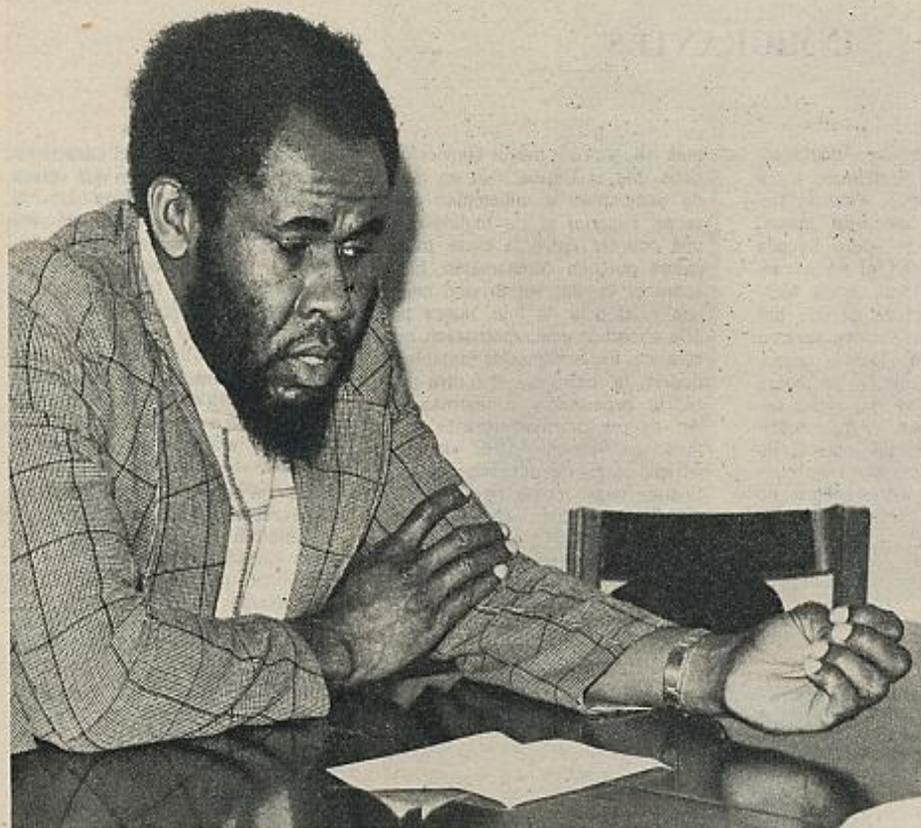
Los asiáticos estrecharon filas y se organizaron en comunidades bien estructuradas en los principales centros industriales del país. Formaron «ghettos», si se quiere, pero los formaron a conciencia y con ideas muy claras acerca de lo que se proponían. Los negros, en cambio, se tragaron al principio la fábula de la integración. Trataron de encontrar alojamiento individualmente en zonas cercanas a su lugar de trabajo. Los blancos fueron entonces los que empezaron a estrechar filas con carteltitos como «Sorry, no coloureds», o «Definitely no coloureds», o incluso «Europeans only». Cuando dos o tres familias negras juntaban sus ahorros para comprar una casa en un barrio de clase media, los vecinos formaban una asociación y, con la complicidad de la agencia inmobiliaria, compraban entre ellos la casa, manteniéndola inocupada hasta que se presentara un comprador blanco.

Los blancos fueron así empujan-



Andrew Salkey: «El antillano siempre creyó que era británico. Los ingleses lo trajeron a Inglaterra con la engaños de que aquí iba a ser un ciudadano más».

(*) En vista de la total ineficacia de las leyes vigentes, que prohíben la discriminación, se está preparando ahora un proyecto de legislación (White Paper) para reforzar, mediante sanciones más severas, etcétera, el actual marco legal en este sector.



Gus John:
«El sistema educativo imperante, orientado hacia la integración y la asimilación, destruye los valores que podrían contribuir un día a la formación de una comunidad negra homogénea».

do a los negros hacia los barrios donde nadie quería vivir: Brixton, Wandsworth, Hackney, Shepherd's Bush, con sus hileras interminables de tugurios y semitugurios, muchos de ellos en la lista de demolición del municipio. Los blancos crearon los «ghettos» negros. Pero los negros, a diferencia de los asiáticos, fracasaron en sus varios intentos de organizarse política y socialmente.

Nacionalidad: «británica»

Andrew Salkey, jamaicano, escritor, periodista y residente en Londres desde hace más de veinte años, comenta en su despacho, bajo la mirada de Ho-Chi-Minh y «Che» Guevara en sendos carteles: «Seguimos siendo individuos, varios cientos de miles de individuos que no han logrado formar una comunidad, que ni siquiera han alcanzado el nivel de autosuficiencia necesario, dentro de los "ghettos", para confrontar a la sociedad capitalista con sus propias armas (compañías de financiación, agencias inmobiliarias, supermercados, etcétera)».

Salkey es marxista, pero se da cuenta de que dado el racismo latente en la clase trabajadora blanca, es indispensable que los negros adquieran un cierto grado de independencia económica, como lo han hecho los asiáticos, antes de contemplar una acción política concertada con el resto del proletariado británico.

Es fácil criticar al negro, sin embargo. El propio Salkey añade: «El antillano siempre creyó que era británico. Los ingleses lo trajeron a Inglaterra con la engañifa de que aquí iba a ser un británico más, con los mismos derechos y deberes y el mismo trato social que el resto de la comunidad blanca.

Cuando se vio repudiado y, aislado en una tierra extraña, su única posibilidad de protesta fue aferrarse a lo que decía su pasaporte: «Nacionalidad: británica». El jamaicano, el trinitario, el barbadense, no tenían una historia política propia; no tenían tampoco costumbres ni religión propias porque eran descendientes de esclavos. Los dueños de las plantaciones se cuidaron muy bien en el pasado de destruir su identidad, llegando al extremo de separar sistemáticamente a los miembros de una misma tribu en zonas de trabajo distintas para que nunca pudieran formar un grupo cohesivo de protesta que pusiera en peligro la supremacía absoluta del amo blanco. Se separaba de ese modo incluso a los miembros de una misma familia».

Asiáticos y antillanos

Dilip Hiro, paquistaní y autor de varios libros, entre ellos «White British, Black British», donde el proceso de las relaciones entre ingleses, asiáticos y negros es analizado con gran claridad, recoge las ideas de Salkey acerca de la aniquilación de la identidad del esclavo negro. Al igual que Salkey, denuncia la opresión de que es víctima el antillano. Pero, a diferencia de este último, su actitud es más bien la de un espectador. No es negro, después de todo. Entre incontables tazas de té explica: «El inmigrante antillano nunca se ha preocupado demasiado de la educación de sus hijos. La mayor parte de las madres negras en Londres trabajan fuera de casa. Muchas de ellas, siguiendo una costumbre que tiene su origen en la época de la esclavitud, no se toman la molestia de formalizar sus uniones matrimoniales. Los

padres desaparecen. Los hijos andan sueltos por las calles después de salir del colegio. Con una educación de por sí deficiente en las escuelas de los "ghettos", y una falta total de supervisión familiar, no ha de extrañar que la criminalidad juvenil en Brixton o en Wandsworth haya alcanzado los niveles actuales. El inmigrante asiático, por el contrario, dondequiera que el destino lo haya llevado en el pasado —al Africa oriental, a Trinidad o a Guayana, y ahora aquí—, viaja siempre con siglos de civilización metidos en la maleta, con su religión y con el convencimiento de que la unidad familiar es el núcleo indispensable para la organización de cualquier comunidad. En Inglaterra, alentado constantemente por su familia, el joven asiático aprovecha sus estudios y prospera».

Barreras a la inmigración de color

Por lo que pueda verse, el panorama del negro en Gran Bretaña es bastante deprimente. Las sucesivas leyes de inmigración, a partir de la de 1962, aprobada bajo una Administración conservadora y de marcado cariz racista (reduce drásticamente la inmigración de ciudadanos de color de la Commonwealth, dejando la puerta virtualmente abierta a los miembros de la Commonwealth blanca) han detenido las oleadas de inmigrantes antillanos. Durante los trece años transcurridos desde las primeras restricciones inmigratorias, Trinidad y Tobago, Jamaica, Guayana y Barbados adquirieron su independencia. Durante ese tiempo también se han ido formando en esos países movimientos militares en contra del neocolonialismo ejercido por los Gobiernos negros que

Alianza Editorial El libro de bolsillo

Novedades

Scientific American

La energía

LB **561, 160 ptas.

Max Aub
Jusep Torres
Campalans

LB **564, 160 ptas.

Louis Aragon
Tiempo de morir

LB ***566, 200 ptas.

S.E. Luria
La vida experimento
inacabado

LB 567, 80 ptas.

Pierre Francastel
Sociología del arte

LB *568, 120 ptas.

Reediciones

Sigmund Freud

La interpretación
de los sueños, I

LB *34, 120 ptas.

Tulio Halperin Dongui
Historia contemporánea de
América Latina

LB ***192, 200 ptas.

Arnold J. Toynbee
Estudio de la Historia (I)

LB ***247, 200 ptas.

Henri Pirenne
Las ciudades de la Edad Media

LB 401, 80 ptas.

INMIGRANTES

recibieron la independencia de manos de la Corona británica. Pero la nueva sangre politizada del Caribe no ha podido, por impedirse las leyes de inmigración, venir a Inglaterra a llenar el vacío existente entre las generaciones que se establecieron aquí entre principios de los años 50 y mediados de la década de los 60 y la actual juventud negra. La concienciación política que se ha producido en el sector inmigrante asiático, a través de una serie de organizaciones que unen a las diversas comunidades de hindúes y paquistaníes en todo el país, brilla hoy por su ausencia en los «ghettos» negros. Los padres, los inmigrantes originales, siguen trabajando, en su mayoría, en los empleos que se les destinaron hace veinte años. Los hijos se niegan a aceptar esos empleos y la emprenden a patadas y a estacazos con la clase trabajadora blanca, de preferencia anciana, que comparte con ellos su misera existencia en los «ghettos».

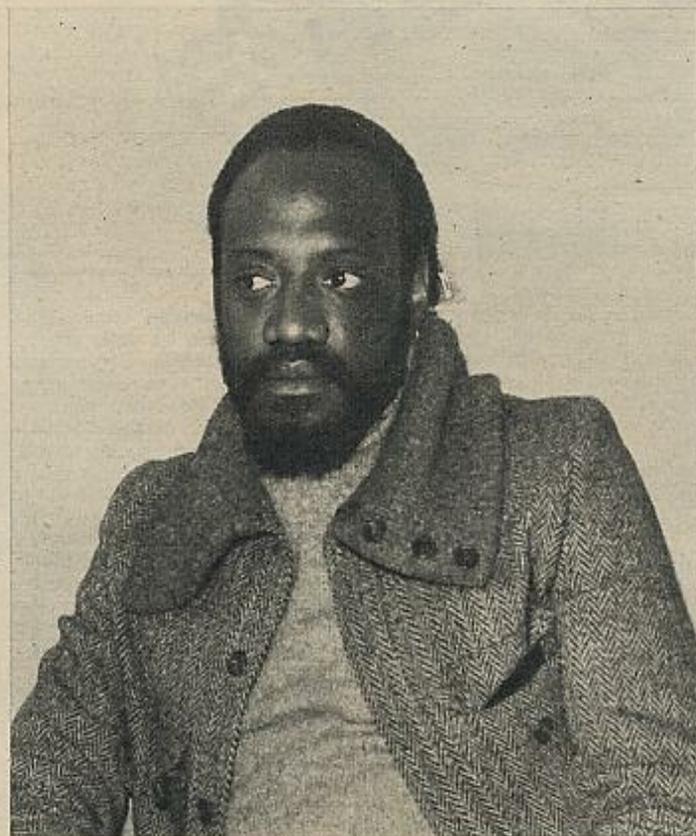
Criaderos de delincuentes

Una de las personas más indicadas para comentar la situación en que se encuentra la juventud negra es Gus John, originario de la isla de Granada y actualmente director de un proyecto especial de investigación en el marco del Youth Development Trust de Manchester. Como tantos otros proyectos y organizaciones, subvencionados por fondos oficiales para encontrar soluciones al problema negro, este *action research project* cuenta entre su personal a varios antillanos. A menudo, el funcionario antillano se transforma en cómplice del *establishment*, interpretando la realidad a través del prisma integracionista. No es este el caso de Gus John. Su visión, resultado del contacto diario con autoridades educativas y cientos de jóvenes negros, es escalofriantemente clara. Habla en tono pausado: «El sistema educativo imperante, orientado hacia la integración y la asimilación, destruye los valores que un día podrían contribuir a la formación de una comunidad negra homogénea. Un gran número de chiquillos antillanos, debido en parte a la escasez de establecimientos escolares y en parte a la falta de esfuerzo oficial por entender los problemas que confronta la juventud negra, van a parar a las escuelas de educandos subnormales creadas en 1944 para los escolares con un coeficiente de inteligencia de entre 50 y 70. Estas instituciones son el principal criadero de delincuentes juveniles».

«El inglés negro no existe»

«La sociedad británica no tenía nada previsto para la segunda generación, para los hijos de los inmigrantes. Hoy es una generación

totalmente desplazada. Adopta actitudes externas antillanas, imita el acento del Caribe, escucha discos de *reggae*, de *soul music*, hasta embrutecerse, pero llegada la hora de la verdad, el adolescente negro en Londres o en Manchester se da cuenta de que por mucho que lo desee nunca será un auténtico antillano. ¿Qué le queda, pues, si sabe también de sobra que nunca podrá ser un inglés negro? (Enoch Powell, el más destacado de los políticos racistas ingleses, lo dijo bien claro en cierta ocasión: "El inglés negro no existe ni podrá existir nunca").



Darcus Howe: «Negarle al capitalismo los brazos que necesita para seguir medrando es una acción política».

Los hijos no quieren saber nada de las cláusulas contenidas en el contrato económico firmado por sus padres al emigrar a Inglaterra. La actitud de los padres en lo referente a la educación de sus hijos no hace sino agravar el problema. Hay jóvenes negros con ideas, preocupados por lo que le está sucediendo a su generación. Pero las posibilidades de poner sus ideas en práctica son ínfimas. ¿El futuro? El futuro depende de lo que se logre con la generación que hoy está en edad escolar. Si las escuelas siguen produciendo delincuentes, los Enoch Powell se saldrán con la suya y acabarán forzándonos a abandonar este país. Tendremos que volver al Caribe o buscar un refugio en África».

Gus John pronuncia estas últi-

mas palabras sin mayor convicción. Sabe que el Caribe, con un nivel de desempleo y subempleo diez veces superior al de Inglaterra y una pobreza entre la clase trabajadora que, en comparación, hace aparecer la vida en Brixton como una existencia de lujo, nunca podría absorber una repatriación masiva de los emigrantes establecidos en la metrópoli. Por otra parte, la experiencia desastrosa de los negros norteamericanos que quisieron retornar a la «madre» África, parecería descartar al continente negro como posible refugio. Pero qué duda cabe que el fu-

o a mí— con la frialdad característica del que ha decidido que «black is beautiful» y «white is shit», o por lo menos esa impresión nos da. De familia acomodada de Trinidad, estudiante aplicado, abogado y miembro de la élite antillana en Londres, Darcus Howe colgó hace varios años los hábitos de la respetabilidad burguesa para lanzarse de lleno a la lucha política bajo el manto del *Black Power*, que empezaba a manifestarse con creciente violencia en los Estados Unidos.

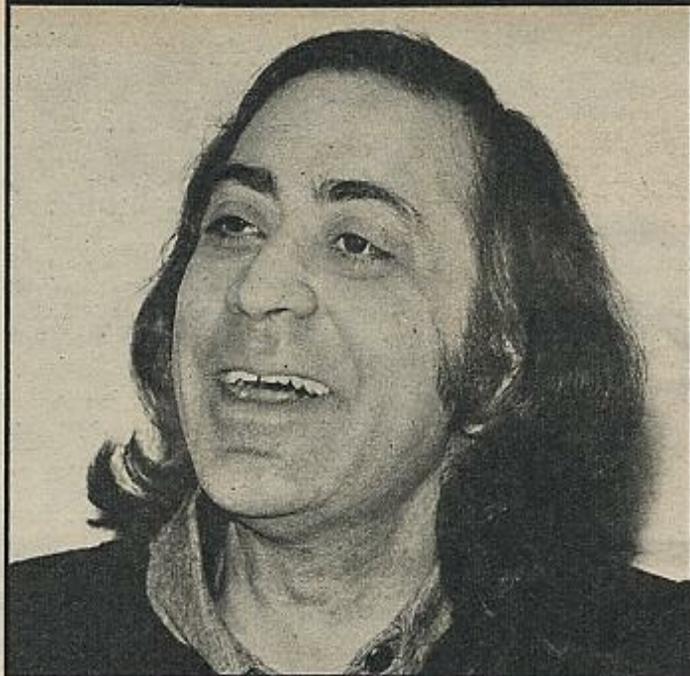
Lo que en principio iba a ser una conversación, una entrevista, se transforma en una larga declaración cuidadosamente preparada de antemano, pero no por ello menos interesante. Su análisis histórico del movimiento negro en Gran Bretaña es lúcido. Su relación de los acontecimientos que contribuyen a la concienciación de las masas negras en Londres y los principales centros industriales del país (refriegas callejeras en Notting Hill en los años 50, incitadas por los fascistas británicos; la manifestación del Mangrove Restaurant —1970— y el subsiguiente proceso judicial, que revelan facetas nada agradables de la Policía y la justicia británicas; las huelgas de los negros en las fábricas de las Midlands y el Norte), denota la habilidad del abogado para presentar el caso de la acusación negra contra la sociedad blanca, un caso que, en efecto, no tiene vuelta de hoja, que está basado en acciones y hechos ciertos. Pero como todo buen abogado, Howe juega con las palabras: la concienciación de las «masas» no es en realidad más que la concienciación de una minoría, a la que él pertenece; las huelgas de los «blacks» contra la discriminación racial en las fábricas no las hacen los antillanos, sino los asiáticos (volvemos aquí a la acepción genérica de «black» para designar a todo aquel que no es blanco y es víctima del imperialismo). Howe, naturalmente, se niega a admitirlo. Admite, sí, que varios miembros de las organizaciones militantes que surgieron como respuesta a la serie de acontecimientos mencionados se dejaron comprar por el *establishment* con puestos más o menos importantes en la «industria» de las relaciones raciales, y admite también que los esfuerzos posteriores por crear un movimiento político negro (antillano) bien estructurado han fracasado. Pero nada de eso tiene importancia ya. «La fuerza política del movimiento negro reside hoy en la juventud desempleada». «¿En esa misma juventud —pregunto— que se dedica a atracar señoras viejas y blancas por las calles?». «Sí».

Conviene señalar, sin embargo, que tanto Darcus Howe, personalmente, como su revista condenan los «muggings». En un reciente editorial de «Race Today» sobre las relaciones entre la Policía y la juventud negra sin empleo, su posición queda bien definida: «... Esta-

turo negro, de todos los negros en Gran Bretaña, depende de las alternativas que la sociedad blanca ofrezca a la actual juventud negra. Algunos dirigentes negros, sin embargo, como Darcus Howe, director de la revista militante «Race Today», alegan que ya es demasiado tarde para aceptar alternativas.

En torno a la concienciación del negro

Las oficinas de la revista están en el corazón del «ghetto» de Brixton, en una casa destartada pintada de verde. Howe nos recibe —a Gloria Londoño, que ha seguido con la cámara a cuestras todas las etapas de este reportaje,



Dilip Hiro: «El inmigrante antillano nunca se ha preocupado demasiado de la educación de sus hijos. El joven asiático, por el contrario, alentado continuamente por su familia, aprovecha sus estudios y prospera».

mos incontrovertiblemente en contra de los "muggins", los consideramos como una manifestación de impotencia, como una consecuencia de tener que vivir sin un salario». ¿Es esta, pues, la juventud sobre la cual descansa a nivel político el futuro de los negros en Gran Bretaña?

El director de «Race Today» tiene su teoría: El negarse a trabajar, el negarle al capitalismo los brazos que necesita para seguir prosperando es una acción política. El capitalismo necesita tener siempre a su disposición una reserva de mano de obra; el impedirle acceso a ella es atacar al capitalismo. La Policía hostiga constantemente al negro desempleado en las calles, en los bares, en las tiendas de discos. Lo hace para defender el sistema, para defender el capitalismo. Cinco o seis años atrás, el joven negro se dejaba detener sin rechistar. Hoy anda siempre en grupo por la calle, y cuando un policía se le acerca, sus compañeros lo rodean. Y si trata de arrestarlo, las patadas y los puñetazos empiezan a volar en dirección del policía. La situación es explosiva. La juventud negra ha tomado conciencia política de su situación. Ya es demasiado tarde para hacer algo. Los «ghettos» negros van a explotar, como explotaron Watts y tantos otros «ghettos» en los Estados Unidos. Contaremos con el apoyo de los asiáticos y de los elementos más militantes de la clase trabajadora blanca. «Burn, baby, burn»: la clase que hizo estremecer a los blancos norteamericanos, hará estremecer a los blancos ingleses. En resumen, si bien no palabra por palabra, esta es la teoría de Darcus Howe. Merece analizarse, aunque no sea más que por el hecho de que de momento es la única teoría que prevé una acción política para un futuro inmediato.

«Negarle al capitalismo los brazos que necesita...»: Darcus Howe confunde a conciencia los términos «huelga» y «desempleo voluntario». La huelga, el arma principal de la clase trabajadora contra la explotación capitalista, tiene un propósito claramente definido: paralizar a una industria en marcha, herir el capitalismo donde más le duele (en sus beneficios) para obligarle a acceder a las reivindicaciones del trabajador; reforzar el poder económico y, por ende, político del proletariado para acciones ulteriores. El negarse a trabajar de la manera que lo hacen los adolescentes negros, sobre todo en una época como la actual, en que, debido a la crisis económica, existe un aumento general del desempleo en todo el país, no sólo le tiene sin cuidado al capitalismo, sino que le hace el juego a sus elementos más reaccionarios —los monetaristas y deflacionistas—, cuyo fin inmediato es incrementar el número de parados para que al superar la demanda a la oferta en el mercado de trabajo, sean los patronos y no los obreros los que decidan el nivel de salarios.

«La Policía hostiga constantemente al negro desempleado...». Ciertamente, y ello es motivo de la tensión racial que hoy existe en los «ghettos». Pero no lo hace por defender el capitalismo, sino por razones que tienen más que ver con lo visceral que con lo político. También es cierto que los jóvenes negros responden hoy con violencia a los ataques de la violencia institucional. Pero... ¿es ello base suficiente para afirmar que la juventud negra ha tomado conciencia política de su situación? La única manera de averiguarlo era lanzarse a la calle, meterse en los bares y las tiendas de discos y hablar con los protagonistas de esta nueva modalidad «revolucionaria».

«Boutiques» y «sound systems»

Lo que encontré nada tiene que ver con la política. Existe hoy, desde luego, un odio generalizado del joven negro contra la Policía; odio que en una tienda de música reggae de Brixton indujo a uno de mis interlocutores a declarar: «Ojalá el IRA mate a todos los policías ingleses» (días antes, un irlandés, sospechoso de pertenecer al IRA, había matado a tiros a un policía en el barrio de Hammersmith). Pero odio contra el capitalismo, no. Lo que sucede es que cuando un líder negro como Darcus Howe se dirige a un grupo de jóvenes de su raza y les explica que el capitalismo es el que trata de forzarles a aceptar el tipo de empleos (cobrador de autobús, barrendero, etcétera) que ellos rechazan por considerarlas denigrantes, todo el mundo arremete contra el capitalismo, y el líder concluye que tiene ante sí a una masa anticapitalista politizada. Pero cuando uno le pregunta a esos miembros adolescentes, muchos de los cuales confiesan que se dedican al crimen para poder comprarse todas las semanas ropa de última moda, que qué es lo que verdaderamente les gustaría hacer, las respuestas varían entre ser dueño de una boutique,

tener su propio sound system (el sistema ensordecedor de amplificación que se utiliza en los partys antillanos para tocar la música del Caribe), tener suficiente dinero para poseer varios coches deportivos y cosas por el estilo. Respuestas comprensibles en una juventud desposeída, con un bajo nivel de educación, y no muy distintas de las que hubieran dado la mayoría de los jóvenes negros norteamericanos en la época álgida del Black Power. Pero no hay que olvidar que precisamente por ello, por carecer de real contenido político, el Black Power norteamericano hoy ya no es más que una curiosidad histórica.

Nadie pone en tela de juicio que si la situación sigue deteriorándose y continúan las confrontaciones con la Policía, llegará un momento en que la juventud antillana no tendrá más remedio que estallar. Pero para que un estallido de violencia tenga repercusiones políticas se necesita apoyo y organización.

En Gran Bretaña, con una población total de 55 millones, debe haber entre un millón doscientos y un millón y medio de antillanos, y aproximadamente igual número de asiáticos. Una rebelión de tres millones de personas podría tener su efecto; más aún si, como afirma Darcus Howe, los elementos más militantes de la izquierda blanca le echan una mano. Desgraciadamente para Howe, estos cálculos estadísticos pertenecen por el momento al dominio de la imaginación.

Para empezar, los padres de los «revolucionarios» en ciernes serían los primeros en desentenderse totalmente de un estallido de violencia juvenil. Los asiáticos, por su parte, no estarían en ningún caso dispuestos a echar por la ventana la labor de años —que les ha permitido organizarse en comunidades perfectamente estructuradas y penetrar y utilizar el aparato sindical con extraordinaria eficacia— por apoyar a un sector de la adolescencia negra, cuyas únicas credenciales consisten en vestir a la última moda y robar bille-

teras por las calles. En cuanto al apoyo de las facciones más militantes de la clase trabajadora blanca, la conjetura es tan absurda, que ni siquiera merece comentario, aunque cabe la posibilidad de que ciertos grupúsculos de obreros y estudiantes de orientación trotskysta aprovecharan la oportunidad para alimentar el fuego de su revolución permanente.

¿Qué queda, pues, de los tres millones con que empezamos esta cuenta?: Unos escasos miles de muchachos, sin organización o conciencia política, repartidos en los «ghettos» de Londres y del resto del país. ¿Qué puede conseguir una fuerza semejante contra un aparato policiaco que, según Gus John, ha seguido cursos de entrenamiento intensivo en los EE. UU. en materia de «control» de motines raciales? Más vale no pensar en ello.

Lo único que explica —aunque no lo justifica— el adoptar una política como la de Darcus Howe es el hecho de que a corto plazo no se ve una solución por ninguna parte: en la integración ya no creen ni los liberales blancos, y en el Black Power, como arma política, ya han dejado de creer hasta sus propios inventores, los negros norteamericanos.

La puerta entreabierta

Queda, no obstante, una puerta abierta, o, si se prefiere, una puerta que no se ha cerrado del todo, y hacia ella se dirigen los esfuerzos de gente como Andrew Salkey, Gus John, el propio John La Rose, pese a su flirteo con la teoría del «desempleo voluntario» como arma política, y otros muchos líderes negros que han rechazado las soluciones propuestas por el establishment. Lo que esta gente se propone es inculcar en el joven negro un sentimiento de identidad, no sólo elevando su nivel general de educación con clases suplementarias, que ya existen, a cargo de educadores voluntarios antillanos, sino, también, recreando la cultura y las tradiciones que sus abuelos perdieron en medio del Atlántico, al ser sacados de su África natal para trabajar en las plantaciones del Caribe. Cuando esto se haya logrado, cuando el negro haya logrado formar una comunidad homogénea, cuando se haya organizado a nivel sindical, a despecho de las trabas que inevitablemente le pondrán los sindicalistas blancos, entonces, y sólo entonces, se podrá empezar a hablar de una lucha concertada contra el capitalismo, contra la existencia de ese «enclave colonial» del que hablaba Aimé Césaire en París en los años 40. Pero el camino por recorrer va a ser largo, porque los blancos, aun los de izquierdas, no nos desprenderemos muy fácilmente del legado de prejuicios raciales que nos dejaron nuestros antepasados: los negros. ■ E. DE B. Fotos: GLORIA LONDONO).